

Componente estético del catolicismo popular

Pedro Trigo

- * **Quando élites y pueblo marchan al unísono, aunque con tensiones e injusticias, pero en una verdadera ecumene, florece la belleza. Por eso ésta no creció ni en el proyecto pastoral de Restauración de la Cristiandad asfixiado por el doctrinarismo y rigorismo, ni menos aún en la modernización laboriosa pero inducida y dependiente.**
- * **El contenido prevalente de la religión del pueblo es la vida, pero su estructuración objetiva y la actitud con que se entra en ella son formalmente estéticas: tratan de componer figuras bellas y van en procura de la fruición.**
- * **El pueblo, abrumado y desarticulado, tiene pocas oportunidades para trabajar sus expresiones religiosas. Por eso cuando logra un cierto nivel organizativo se pule el repertorio: tradicional y toman cauce las nuevas vivencias con notable creatividad.**

PROYECTOS SIN GRACIA

El catolicismo clericalizado de la Restauración de la Cristiandad (1) y el cristianismo ilustrado de la Nueva Cristiandad (1) no han producido manifestaciones simbólicas de cultura. Ha sido un catolicismo moral y práctico, pero no teórico ni simbólico. No ha producido teólogos (ni siquiera herejes) ni tampoco artistas. Ha dado gente con mucha generosidad, con mucha mística y con muchos méritos, pero con poca sabiduría y poca gracia. Ha sido una Iglesia disciplinada y con muchas iniciativas prácticas, pero cerrada al debate ideológico y con alergia para la belleza. Esta institución eclesiástica ha edificado incesantemente y a veces con gran magnificencia; pero tal vez no haya dejado ningún monumento perdurable. Ha capacitado a generaciones, pero no ha despertado la chispa del genio del poeta. Si éstos coincidieron en sus centros organizativos tuvieron que desarrollarse por su propia cuenta y frecuentemente a contrapelo de sus educadores, a quienes sin embargo agradecen la disciplina de trabajo que les inculcaron y les admiran su honradez y erudición.

¿Qué indican estas carencias en medio de indudables virtudes? En la Restauración de la Cristiandad son el índice de su carácter antihistórico. Al no aceptar el futuro tampoco podía anudarse con el pasado que se quería restaurar. Y así se repiten tesis (la neoescolástica) y gestos (el neobarroco postridentino) extemporáneos. El justo rechazo al orden establecido es también rechazo a las fuerzas de la vida (a la pasión y al eros) consideradas sólo en su aspecto alienado. La ternura, que indudablemente existió en muchos, asfixiada por el doctrinarismo y rigorismo, carecía de libertad y gracia y no podía florecer como cultura.

En la Nueva Cristiandad la carencia de un pensamiento vigoroso y de gusto y capacidad para las manifestaciones simbólicas derivan de la prevalencia del logos de la modernidad, pero no original sino inducido, dependiente de Europa. De ahí que las enormes energías dedicadas a la secularidad cristiana y a la promoción po-

pular, cuando no se extralimitaron dando lugar al proyecto de liberación, acabaron por reducirse a anticomunismo resentido y medroso.

Más profundamente aún estas carencias expresan el desarraigo popular de estos proyectos, concebidos indudablemente para el bien de nuestros pueblos, pero sin su participación ya que en su estimación nuestros pueblos eran devotos pero ignorantes (Restauración) o moldeables pero tradicionales (Nueva Cristiandad). Cuando élites y pueblo marchan al unísono, aunque con tensiones e injusticias pero en una verdadera ecumene, florece la belleza. Esta no se da sin embargo en la modernización inducida y dependiente ni en los populismos plagados de malentendidos inconfesados ni menos aún en las imposibles restauraciones.

Pero estas carencias de la institución eclesiástica latinoamericana no sólo expresan un desencuentro sino que lo aprofundan, ya que en concreto los pueblos latinoamericanos custodian como su dimensión más sagrada y motivante la de la belleza que se expresa como armonía (causada por la religación a la tierra, a los antepasados y a la fuente sagrada de la vida), como fluencia (actualidad de la vida, superior a cualquier institucionalización) y como fiesta (celebración de la religión, que restaura la fluencia y la transparencia deterioradas).

La Teología de la Liberación ha brotado de la cristiandad latinoamericana y por eso inicialmente comparte esas carencias (2). Sus primeras manifestaciones son prevalentemente prácticas e ideológicas. En la medida en que, cumpliendo su postulado, participe en ella como autor el pueblo irá ampliando sus registros hacia lo simbólico. Y sólo en la medida en que se exprese simbólicamente será adoptada por el pueblo y recreada como expresión propia (en la que también se integrarán las praxis y la ideología propuestas, aunque redimensionadas por él).

TALANTE FIGURATIVO DE LA RELIGION POPULAR

Hablamos del componente estético



Foto de Isidro Núñez Matos, de la serie "Memoria de los sueños", ganadora del Concurso 50 años de SIC (Curipe, 1975)

del catolicismo y no simplemente de la religión del pueblo para destacar el aspecto de la mediación sacramental característico del catolicismo (3) frente a la sola fe y a la sola Escritura, postulados del protestantismo. Porque esa mediación múltiple y escalonada de figuras y prácticas simbólicas caracteriza sobre todo a la religión del pueblo (4). Este rasgo está en ella tan hipertrofiado a juicio de la institución eclesial que ésta lo tolera como mal menor (añacado a la piedad poco ilustrada) pero no lo asume, pues le parece superstición cuando no sincretismo.

Nosotros pensamos que no pocas veces, en efecto, la religión del pueblo es supersticiosa y aun sincrética en el sentido que da a estas palabras la institución eclesial; aunque en este mismo sentido creemos que dentro de la propia institución eclesial la superstición y el sincretismo se dan en grados mucho mayores. Esto no lo decimos en descargo de la religión del pueblo sino simplemente porque es verdad y nos marca una gran tarea de evangelización y conversión.

LA FORMA DE LA BELLEZA

La religión del pueblo viene modulada

por las mitizaciones prácticas (5). Es decir la necesidad sentida de vida lleva a inventar (en el sentido sobre todo de descubrir, pero secundariamente en el de crear) la figura de un dador sobrenatural y de ayudantes celestes que mediante acciones adecuadas otorguen los bienes deseados, triunfando sobre quienes se oponen a su consecución. Este anclaje en la vida (incluso en los elementos más materiales de ella) proporciona a la religión del pueblo seriedad, relevancia y peso.

Pero dentro de este horizonte fundamental, cuando la religión del pueblo no degenera en magia (que entonces sí es totalmente utilitaria), asume la forma de la belleza. Su contenido prevalente es la vida, pero su estructuración objetiva y la actitud con la que se entra en ella son formalmente estéticas, es decir tratan de componer figuras bellas y van en procura de la fruición (6). Esto es evidente sobre todo en los actos colectivos: las fiestas religiosas se gozan y se procura que resulten lo mejor posible, es decir que sean hermosas, y a ser posible espléndidas, y que en ellas todos se sientan bien. Pero también uno va a la iglesia o reza cuando le provoca, cuando siente ese impulso. Y por eso la oración brota del corazón y causa paz.

Incluso cuando la oración es arrancada por una pena insondable o por un problema repentino y tremendo se procura que conserve ese tono de unción, de afecto, de fervor y esa forma de belleza representada por flores o una candelita o los besos y el tacto a la imagen. Hasta la estructura de la promesa, cuando se libera del *sacrum commercium*, mantiene el cuidado de realizar un acto hermoso y personalista. El desborde respecto de lo útil (que es la marca de la forma bella) reluce, además de en tantos pequeños detalles llenos de delicadeza (de los que hicimos mención), en el lenguaje lleno de exclamaciones y diminutivos y movido por una cadencia en la que las repeticiones litánicas juegan un papel especial.

Globalizando podemos decir que la religión del pueblo da vida porque logra milagros, es decir elementos vitales que parecían negados; pero sobre todo da vida a través del gozo, del aliento, de la esperanza, de la paz, de la armonía que infunde en el corazón. Esa es sobre todo la "utilidad" de la fiesta y de la oración y del acto de devoción. Así esa religión, más que elementos para vivir, da ganas de vivir, es fuente de vida o más aún da la misma vida, que consiste en esa densidad vital que se ex-

perimenta en la fiesta o en la oración y que es la propia vida de la que se vive más tarde en el tiempo más plano de la cotidianidad. La religión del pueblo es así una religión de búsqueda agónica, integra ciertamente la oración del huerto y la de la cruz, sabe de noches oscuras; pero es sobre todo una religión de signos y presencias, una religión que llena la vida de gloria, la gloria de la cruz y no fantasías escapistas. En esto consiste lo estético de la religión del pueblo que nada tiene de estetecista ni de infantil.

PRINCIPIO DE LIBERTAD

Por ser fuente de vida la religión del pueblo es principio de libertad. No una libertad alucinada ni dicotómica, meramente interiorista y enérgica; una libertad por el contrario que no se resigna a este orden de muerte y que con paciencia y paz lucha obstinadamente por construir un mundo donde habite la justicia o por lo menos por rescatar pequeños espacios, zonas liberadas donde vivir la fraternidad y circuitos económicos donde mantener relaciones de producción más justas y creativas. De este modo esta libertad cristiana se convierte en principio de liberación: "con la libertad ni ofendo ni temo", decía en este mismo sentido Artigas. Una lucha por la liberación que al no brotar ante todo del resentimiento mantiene también un tono cualitativo, su condición de obra bella.

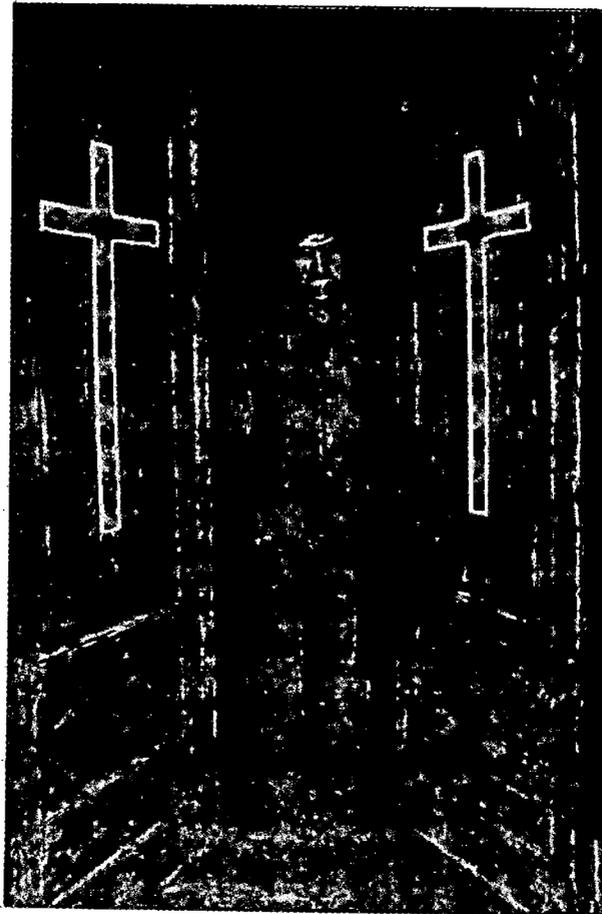
Esta vida que comunica al pueblo su religión se expresa sobre todo en relacionalidad horizontal, en solicitud y ternura, no sólo con los prójimos más débiles sino también con los animales y plantas. Y esta probada capacidad de acoger y dar vale no sólo por su contenido sino por el modo humilde, natural y deferente con que se realiza. Es en el sentido más elevado una obra de arte, algo que colma y, obvio es decirlo, el sacrificio que entraña evidencia que nada tiene que poseer ni de gesto vanidoso. Es una belleza. Es lo que hace Dios. Gracia.

FATIGADOS Y DECAIDOS

Claro está que lo dicho no se realiza normalmente en estado puro. No pocas veces aparece como lo dominante, pero en otras no escasas está entreverado por desfallecimientos, abandonos, rutinas,

falta de conciencia..., y otras aparece como mediatizado, incluso instrumentalizado para servir a intereses antihistóricos que ciertamente no son los de la vida. Habría que estudiar, pues, cuáles son los puntos débiles de esta vivencia religiosa a través de los cuales ésta puede decaer o pervertirse.

Tal vez parte del problema tenga que ver con el estado de estos sujetos religiosos: empobrecidos, sobreexplotados y más aún desagregados, en un estado parecido al del pueblo de Jesús: "rendidos y abrumados" (Mt 11,28), "fatigados y decaídos como ovejas sin pastor" (Mt 9,37). No sólo se explota al pueblo y se lo mantiene en el último nivel de subsistencia sino que se le enseña a despreciarse a sí mismo y



se le impide organizarse. Parte del problema tiene que ver también con los intelectuales comprometidos con él que por lo regular han desconocido las virtualidades de la religión del pueblo y han dificultado que dé de sí.

Todo esto contribuye a que el pueblo no tenga facilidad para trabajar sus expresiones religiosas como quisiera hacerlo. A veces demasiado hace con mantenerlas mínimamente; pero no es fácil que las actualice, que las retrabaje y pula constante-

mente, que las discierna para que sean cauces limpios y adecuados de su más profundo sentir y sus anhelos más puros.

En estas condiciones el tránsito tan brusco a la modernidad, tanto en el campo como en la ciudad, el éxodo a ésta, tantos vaivenes económicos y políticos que exigen reacondo y defensa dificultan mucho más liberar tiempos y energías para la simbolización religiosa. La dificultad lleva a aferrarse a la religión; pero a pesar de que de repente hace parir expresiones nuevas y adecuadas, otras muchas veces lleva a agarrarse a lo que se logró conservar de lo ancestral.

Por eso cuando el pueblo logra un respiro, una cierta conciencia de sí, un nivel organizativo mínimo, algún liderazgo propio... enseguida se va puliendo el repertorio y surgen manifestaciones que expresan y dan cauce a las nuevas vivencias en simbiosis con las ancestrales.

NOTAS

- 1) Acerca de los proyectos pastorales de Restauración de la Cristiandad y de la Nueva Cristiandad, ver: P. Trigo: Análisis de la Iglesia Latinoamericana. *Anthropos* 14 (1-1987) 27-43.
- 2) Id.: Teología de la liberación y cultura. *SIC* 474 (abril 1985) 170-75.
- 3) U. von Balthasar: Revelación y belleza. En *Verbum Caro. Cristiandad*, Madrid, 1964, 127-66. Id.: Seguimiento y ministerio en *Sponsa Verbi: Cristiandad*, Madrid 1964, 97-174. K. Rahner: Para una teología del símbolo. En *Escritos de Teología IV*. Taurus, Madrid 1963, 283-321. Id.: Devoción personal y sacramental. En *Escritos de Teología II*, 115-40. Id.: La resurrección de la carne. *O.C.* 209-23. Id.: Sobre el sentido del dogma de la Asunción. En *Escritos de Teología I*, 239-52.
- 4) V. Codina: Una teología más simbólica y popular. *RLT* 8 (mayo-agosto 1986) 159-79.
- 5) I. Castillo: San Pueblo/alienación y utopía. *CRT*, Mexico, 1979, 82-88, 139-62. P. Trigo: Cristianismo e Historia. *CEP*, Lima 1987, 383-422.
- 6) G. Gutiérrez: Beber en su propio pozo. *CEP*, Lima 1983, 171-82. Pixley-Boff: Opción por los pobres. Ed. Paulinas, Madrid 1986, 247-51.